

# EL BEATO SEBASTIÁN DE APARICIO EN LA EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA

GUMERSINDO MEIRIÑO FERNÁNDEZ

El descubrimiento de América es un hito en la historia, también en la historia de la evangelización y de la pastoral dentro de la Iglesia Católica y, de forma muy relevante, dentro de la iglesia de España. El quinto centenario del descubrimiento de América recordó este acontecimiento como un gran don, por el que se ha de dar gracias a Dios, como lo puso de manifiesto Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *La Iglesia en América*: «La iglesia en América, llena de gozo por el don recibido y dando gracias a Cristo por este inmenso don, ha celebrado hace poco el quinto centenario de la predicación del Evangelio en sus tierras»<sup>1</sup>.

En este sentido el Papa considera que «el mayor don que América ha recibido del Señor es la fe, que ha ido forjando su identidad cristiana»<sup>2</sup>. Esta fe se encarnó en grandes hombres y en grandes hazañas a lo largo de los siglos. Por eso «la expresión y los mejores frutos de la identidad cristiana de América son sus santos. En ellos el encuentro con Cristo vivo es tan profundo y comprometido (...) que se convierte en fuego que lo consume todo, e impulsa a construir su Reino, a hacer que Él y la nueva Alianza sean el sentido (...). América ha visto florecer los frutos de la santidad desde los comienzos de la evangelización»<sup>3</sup>. El Papa cita a más de treinta beatos y santos a los que propone como modelos a imitar. Al mismo tiempo «para fomentar cada vez más su imitación y para que los fieles recurran de una manera más frecuente y fructuosa a su intercesión, considero muy oportuna la propuesta de los Padres Sinodales de preparar una colección de santos y beatos americanos. Esto puede iluminar y estimular en América la respuesta a la vocación universal a la santidad»<sup>4</sup>. Juan Pablo II sigue insistiendo en que es

1. JUAN PABLO II, Exhort. apost. *La Iglesia en América*, n. 1.

2. *Ibid.*, n. 14.

3. *Ibid.*, n. 15.

4. *Ibid.*

necesario que sus ejemplos de entrega sin límites a la causa del Evangelio sean no sólo preservados del olvido, sino más conocidos y difundidos entre los fieles del Continente. Al respecto, escribía en la *Tertio Millennio Adveniente*: «Las iglesias locales hagan lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación necesaria» (n. 37: AAS 87 [1995] 29, cfr. *Propositio* 31)<sup>5</sup>.

Esto es lo que nos mueve a recordar a una de las figuras destacadas en la construcción del Nuevo Mundo desde un sentido cristiano y humano, sin olvidar, como lo hacía el Papa en el discurso de saludo a las autoridades en el aeropuerto de México, «que no es posible comprender a México sin la fe traída desde España a estas tierras por los doce primeros franciscanos y cimentada más tarde por los dominicos, jesuitas, agustinos y otros predicadores de la Palabra». Entre estas figuras merece un pequeño apartado la figura del Beato Sebastián de Aparicio. No por su predicación, ni tampoco por sus escritos. No dejó ningún escrito, tampoco se dedicó a la predicación, pues no llegó a recibir el ministerio sacerdotal. Pero sí por una vida de promoción social y humana ingente y por una vida sencilla semejante a los años de vida oculta de Jesús.

## I. VIDA DEL BEATO SEBASTIÁN DE APARICIO

No tiene su niñez ningún dato especial si lo comparamos con los niños de aquella época<sup>6</sup>. Sebastián nace de una familia pobre de un pueblo de Galicia, llamado La Gudiña, en la provincia de Orense el año 1502. Está enclavado este pueblo en un lugar de paso de Galicia a Castilla. A pocos kilómetros de los puertos de La Canda y del Padornelo, es un punto de referencia para todos los emigrantes gallegos que marchan a otras tierras o regresan pasando por la Gudiña, como primer pueblo que se vislumbra al volver a la tierra querida, después de muchos meses sin poder verla. Al ser sus padres pobres, Sebastián ape-

5. *Ibid.*

6. Prácticamente todos los biógrafos hablan de una leyenda en los primeros años de la vida de Sebastián. A los diez años se contagió de la peste bubónica. Esta peste produjo muchas muertes en Galicia, en Orense y, también, en la Gudiña. Su madre le llevó a las afueras del pueblo a una choza, donde le llevaba de comer y donde le tenía escondido. Un día le atacó una loba y le mordió la parte infectada quedando el niño completamente curado. Cfr. AGUADO, L., *Vida del beato Sebastián de Aparicio*, México 1950, pp. 14-16; BETANCOURT, A., *Vida breve del Beato Sebastián de Aparicio*, México 1696; también consta en el Manuscrito Poblano de 203 fojas de principios del siglo XVII, que comprende las primeras investigaciones hechas desde el 28 de febrero de 1600 (fol. 7a) hasta el 3 de febrero del año 1604 (fol. 203v), firmado por el notario público Antonio Hernández. Parece que el mismo Sebastián refirió este hecho en algunas ocasiones, tal como consta en el Manuscrito Poblano (fol. 160v).

nas acudió a la escuela. Las letras no le resultan muy familiares. Sí le resulta familiar el trabajo en el campo, los rebaños de ovejas y cabras a los que desde muy pequeño acompaña por los montes fríos de As Frieiras<sup>7</sup>.

Para conseguir la dote y poder casar a sus dos hermanas, todavía joven (tendría alrededor de quince años) se va a trabajar a un pueblo vecino, a Fumaces, a una casa rica llamada la «Casa Grande de Fumaces»<sup>8</sup>. Allí aprendió más labores de agricultor, ganadero y siempre destacó por su gran capacidad de trabajo y honradez. Algunos meses al año hacía de ayudante de carretero en la cobranza de los foros y recolectas del hacendado<sup>9</sup>. Pero el sueldo es escaso, apenas logra ahorrar para el casamiento de las hermanas, por lo que decide marchar a Castilla. Primero se emplea como carretero en Salamanca, luego como batanero en Zafra de Extremadura y, por fin, como última etapa en España, llegó a Sanlúcar de Barrameda. El recorrido es semejante al que harán algunos años más tarde cientos de peregrinos por la ruta mozárabe del Camino de Santiago<sup>10</sup>. Muchos testimonian que vieron a Sebastián durante estos años trabajar afanosamente y pudieron admirar sus grandes virtudes — pese a sus años mozos —, entre las que sobresalían su simplicidad, rectitud de corazón y su amor por la castidad<sup>11</sup>.

En Sanlúcar de Barrameda ve cómo miles de personas cruzan el mar hacia el Nuevo Mundo. Con gran dolor de corazón —la famosa «morrña» gallega— parte como un emigrante más. De la antigua Veracruz donde desembarcó Sebastián, se dirigió a la ciudad de La Puebla, recién fundada por el franciscano fray Toribio de Benavente, conocido más bien con el sobrenombre de Motolinía. Llega a México en el verano de 1533, cuando cuenta 31 años. La ciudad de Puebla no parecía

7. Así se llama a la comarca de los ayuntamientos de La Gudiña y de La Mezquita, ayuntamiento colindante, por el frío intenso que suele acompañarles en invierno.

8. Cfr. ESCOBAR, J., *Beato Sebastián de Aparicio*, en *Año Cristiano*, tomo I, Madrid 1959, p. 433.

9. Cfr. GIL ATRIO, C., *Sebastián Aparicio. Promotor y evangelizador de México*, Venezuela 1985, pp. 25-26; GALLEGO, J., *Beato Sebastián de Aparicio*, Orense 1974, pp. 16-17.

10. La ruta del Camino de Santiago que sale de Andalucía, desde Sevilla hasta Santiago, recorre la llamada Ruta de la Plata y luego se desvía por la Gudiña, Orense, Santiago. De ahí que algunos llamasen a este Camino de Santiago, Ruta de la Plata, aunque otros prefieran llamarle el Camino Mozárabe o Ruta Mozárabe, o también, Camino Meridional. Cfr. RIVAS QUINTAS, E., *Camino Meridional de Santiago. Continuación de la Vía de la Plata*, Santiago 1993.

11. La virtud de la castidad sobresale de forma peculiar en la vida de Sebastián. Incluso se habla de que uno de los consejos últimos que recibió de sus padres al salir de casa es el siguiente: «hombre es el que, cuando siente los instintos de su carne, los domina ¡Hijo: el sexto es huir de las ocasiones!». Cfr. GIL ATRIO, C., *ibid.*, p. 29; SÁNCHEZ PAREJO, B., *Vida y milagros del glorioso Confesor de Cristo, el P. Fray Sebastián Aparicio*, México 1965, pp. 52-53.

pasar por los mejores momentos: el propio fundador de la ciudad escribía en 1540: «estaba esta ciudad tan desfavorecida, que estuvo para despoblarse; y ahora ha vuelto en sí y es la mejor ciudad que hay en toda la Nueva España, después de México»<sup>12</sup>.

Las grandes extensiones de terreno baldío y la seguridad que daba la Audiencia Real a todos los españoles que quisieran residir en la dicha ciudad, atrajeron a Sebastián y lo indujeron a dedicarse a la labranza. Empezó así su trabajo a favor de los nativos creando una granja. En ella empezó la primera escuela de labranza, donde se empleaban cientos de personas en la ciudad de Puebla.

Cuando ya contaba con una granja de labranza y agricultura, y cierta tranquilidad, su capacidad de iniciativa concibió nuevos horizontes. En su corazón cristiano no cabía ver a los tamemes. Tamemes eran los indios que acompañaban a los viajeros y cargaban con sus bultos y paquetes, cuando no incluso con los mismos viajeros. Sus entrañas cristianas le hacían concebir una solución ante tal problema. Como desde jovencito sabía domar a animales salvajes, con sus propios brazos se dedicó a lazarlos y domesticarlos. Poco a poco los animales empezaron a sustituir a las personas de los tamemes. Debido a la cantidad de bueyes amansados por Aparicio, se fueron cumpliendo aquellas ordenanzas del Rey de España que mandaban que los tamemes no fueran utilizados a no ser por notoria necesidad<sup>13</sup>. En Puebla, los animales de carga llegan a ser paisaje típico de sus calles. Este hecho hace que en México se le considere como «el fundador de nuestra charrería castiza, la “campirana”, y sea considerado como “el primer charro”»<sup>14</sup>.

La empresa no había hecho más que iniciar su andadura. Las bestias cargaban muchas mercancías pero el emigrante gallego se acordaba de los carros de su pueblo, de su «chirriar», de su «bello canto» y, sobre todo, de las mercancías que llevaban de un lado al otro y el bien que harían en tierras mexicanas aquellas carretas. Empieza así otra aventura que consiste en encontrar quien le ayudase a adaptar las carretas gallegas a Puebla. En colaboración con algunos carpinteros emprende la tarea de adaptar los carros de su pueblo a las nuevas circunstancias. De pronto, el chirriar de las carretas, que recuerda el bello canto de la canción gallega, («non canta na chan ningún por eso o meu carro canta»: no canta en la tierra nadie, por eso mi carro canta), se traslada a la ciudad de Puebla.

12. Citado por CALVO MORALES, G., *Emigrante... hay camino: Sebastián de Aparicio*, Madrid 1973, p. 50.

13. Las ordenanzas impedían utilizar a los tamemes, a no ser en caso de urgencia. Cfr. GIL ATRIO, C., *ibid.*, pp. 48-49; cfr. ESPINOSA, C., *Fr. Sebastián de Aparicio, primer caminero mexicano*, México 1959, pp. 53-55.

14. Cfr. ESPINOSA, C., *ibid.*, pp. 63-64.

Pero esto crea un nuevo y grave problema: aquí no existen los caminos de su tierra. Los senderos que unían los distintos pueblos mexicanos no servían para las carretas de Aparicio, eran intransitables. Las carretas necesitan caminos. Además la tarea es de gran envergadura. Nadie parece apoyar su iniciativa. Así que, por su cuenta, contratando unos obreros y con los permisos pertinentes, decide abrir caminos para sus carretas. Con enorme esfuerzo consigue adaptar el camino de Méjico a Veracruz para que por él pasasen las carretas. Y, más tarde, el camino de Puebla a Zacatecas, donde empezaba a brotar la famosa plata mexicana. Esas carretas fueron las primeras que, tiradas por toros o novillos amansados por el mismo Sebastián, transitaron por el suelo de Méjico y las primeras que trasladaron mercancías y plata desde Zacatecas, pasando por Puebla y por México D.F., hasta el puerto de Veracruz, donde embarcaban. Con esa obra resolvía dos problemas fundamentales: primero, el difícil transporte de mercancías, y el segundo, aliviar a los indios de la fatiga que padecían al tener que transportar todo sobre sus espaldas<sup>15</sup>.

Así lo explica un biógrafo: «Pasados algunos años, Sebastián se dirigió nuevamente a la Real Audiencia de Méjico para pedir permiso de abrir un nuevo camino que traería prosperidad y progreso para todos. Se propuso nada menos que abrir un camino que fuese de la capital mejicana hasta Zacatecas, que empezaba a manar plata de sus entrañas. Hoy en día admira aún la obra titánica de Sebastián por sus vastas y grandiosas proporciones: tuvo que allanar hondonadas, rodear montes, construir puentes de madera, llevar provisiones para sus trabajadores y, sobre todo, lograr la amistad con las tribus chichimecas, tristemente célebres por su ferocidad y canibalismo. Ante esta obra de gigantes y de santos, Sebastián no se arredró. Su mente y su corazón aspiraban a mayores cosas y en pocos años vio terminada la obra que lo inmortalizaría para siempre. Sus cuadrillas de carretas recorrieron aquellas larguísimas distancias sin ser molestadas por los chichimecas, quienes al ver la mansedumbre y caridad con que los trataba Sebastián, le amaron, le protegieron y nunca le hicieron mal alguno. Esas mismas cuadrillas se convirtieron también en seguro refugio para los pasajeros y gracias también a los esfuerzos de Sebastián, los pequeños poblados aumentaron considerablemente, como la ciudad de Querétaro»<sup>16</sup>.

Durante cerca de veinte años la actividad de Sebastián es infatigable. Los caminos de Puebla a Zacatecas y de Puebla a México D.F. has-

15. Cfr. GIL ATRIO, C., *Sebastián Aparicio. Promotor y evangelizador de México*, Venezuela 1985, pp. 53-54. Este hecho hace que sea considerado el patrón de los chóferes, conductores y de todos los que utilizan los medios de transporte o de mercancías.

16. ESCOBAR, J., *ibid.*, p. 434; Cfr. ESPINOSA, C., *ibid.*, pp. 107-138.

ta llegar al puerto de Veracruz se hacen realidad. Y Puebla se convierte, en palabras de Fray Toribio de Benavente, en 1540, en el pueblo de las carretas porque en ella, «muchas carretas como las de España, transportando trigo, maíz y leña...; y otras que van y vienen del Puerto. Cuando van traen mercancías; y a la vuelta llevan bastimentos y provisiones para los navíos»<sup>17</sup>.

Quizá agotado de tantos viajes y trabajos decidió vender la famosa flota de carretas y compró unas tierras a las afueras de la capital mejicana, entre Atzacapotzalco y Tlanepantla. Volvió a la tierra y a la labranza. Sus trabajos y esfuerzos eran una escuela práctica donde aprendían los indios la labranza; su hogar se convirtió en asilo seguro para muchos indígenas. En la granja de Aparicio encontraban refugio los pobres y menesterosos y en muchas ocasiones, el sustento diario y consejos para volver a amar la vida y el trabajo. Una parte de la finca y de la casa la dejó para atender a los pobres que no tenían albergue, a los que proporcionaba alimento y vestido<sup>18</sup>. De ahí que sea considerado por algunos autores como el creador del primer asilo para necesitados<sup>19</sup>.

Las riquezas de Sebastián atraieron las miradas codiciosas de varios vecinos suyos para persuadirle a contraer matrimonio. Las proposiciones no podían ser sino ventajosas; y sin embargo, Sebastián las rechazó constantemente, hasta que un día él mismo resolvió casarse con una joven pobre, pero de muy nobles virtudes<sup>20</sup>. Una enfermedad grave y los problemas surgidos de su vida matrimonial le hicieron reflexionar profundamente. Empezaba a plantearse su futuro desde una nueva perspectiva.

Después de enviudar por segunda vez, guiado por los consejos de su confesor, resolvió dejarlo todo. Durante su vida había sobresalido por un gran desprendimiento y generosidad: hizo continuas obras de caridad, pagó deudas ajenas<sup>21</sup>. Por eso, a las personas cercanas no les extrañó su reacción posterior. Vendió sus bienes, entregó el dinero a las religiosas de Santa Clara de Méjico y tomó el hábito de donado fran-

17. Citado en CALVO MORALES, G., *Emigrante... hay camino: Sebastián de Aparicio*, Madrid 1973, p. 56.

18. Cfr. JIMÉNEZ, M.-ESCOBAR, J., *Vida del Beato Sebastián de Aparicio*, México 1958, p. 14.

19. Cfr. GIL ATRIO, C., *ibid.*, pp. 68-69.

20. Sebastián se casó en 1562 por primera vez. Después de un año se quedó viudo. Dos años más tarde se casó con una joven llamada María Esteban. Ésta también murió al poco tiempo en un accidente. En los dos casos se casó con la intención conocida por sus esposas de mantener la virginidad. En los dos pagó sus dotes con generosidad. En sus matrimonios Sebastián sufrió mucho porque estuvo presionado por las familias de sus esposas que conocían las riquezas del gallego emigrante. Él sufrió siempre con gran paciencia y espíritu cristiano todas las maledicencias. Cfr. GIL ATRIO, C., *ibid.*, pp. 74s.

21. Cfr. AGUADO, L., *Vida del Beato Sebastián de Aparicio*, México 1950, pp. 27-28; GIL ATRIO, C., *o.c.*, pp. 71-72.

ciscano, pasando a servir a las mismas religiosas a las que había entregado su riqueza. Después de estar un año como donado de las Clarisas, sintió una llamada más profunda a servir al Evangelio y pidió el ingreso como hermano lego en los franciscanos. Contaba con setenta y un años de edad. El noviciado no fue fácil para Aparicio. El candidato no sabía leer, no servía para portero, no podía leer en el comedor y era demasiado viejo. Y, sobre todo, se había casado en dos ocasiones y esto hacía desconfiar de la certeza de su vocación de religioso. A pesar de las dificultades, a veces con bromas muy pesadas por parte de los jóvenes compañeros de noviciado<sup>22</sup>, profesó el 13 de junio de 1575. Tenía 73 años.

Apenas habían pasado unos dos meses de su profesión, cuando le enviaron al convento de Tecali, donde había necesidad de un hermano que cuidase de la cocina, portería y pequeña huerta. Los religiosos admiraron la virtud del humilde hermano lego, que atendía todos los menesteres del convento con alegría y prontitud. Pero en Tecali apenas duró un año.

Fue destinado, entonces, al convento de Las Llagas de Nuestro Seráfico Padre San Francisco de Puebla de los Ángeles, su pueblo querido. Al llegar le encargaron de un oficio difícil y arduo, teniendo en cuenta su edad avanzada: la tarea de limosnero. Con su acostumbrada alegría obedeció con prontitud. El convento contaba con más de 100 frailes. Sebastián volvió a coger sus bueyes y sus carretas. Ahora no con la intención de ayudar a los nativos o de transportar la plata sino para conseguir el sustento de sus hermanos los frailes y por amor de Dios.

Él mismo construyó las carretas y escogió los bueyes, que fueron sus inseparables compañeros hasta los últimos días de su vida. Los labradores de los pueblos y las personas de los alrededores conocieron las nuevas andanzas del fraile de las carretas. Vieron su alegría, su trabajo, su generosidad. También sus costumbres austeras y sacrificadas. Tiraba su viejo manto sobre el suelo y dormía debajo de las carretas sin interesarle que lloviera, hiciera frío o calor. Además de esto añadía dolorosas penitencias para tener sujeto y a raya al «hermano asno», que así llamaba al cuerpo. Su espíritu de mortificación era heroico. Además de dormir en el suelo, arreaba piedras para la construcción de la enfermería del monasterio y procuraba todo lo necesario para el convento. Tenía incluso una «capilla», donde solía rezar, que se construyó haciendo un hueco en un árbol<sup>23</sup>. Todo esto lo hacía porque era cuestión de fe y su máxima era «no perder a Dios de vista».

22. Cfr. RODRÍGUEZ, J.M., *Vida prodigiosa del Siervo de Dios Fray Sebastián de Aparicio*, México 1769, pp. 42-46.

23. Cfr. JIMÉNEZ, M.-ESCOBAR, J., *Vida del Beato Sebastián de Aparicio*, México 1958, p. 56; GIL ATRIO, C., *o.c.*, p. 95.

Los milagros que se cuentan de sus andanzas como limosnero de Puebla pueden parecernos a los ojos de hoy un poco exagerados. Sin embargo, son típicas «exageraciones» de una vida que sin duda alguna fue especialmente fructífera en hechos reales y manifestaciones de la providencia divina<sup>24</sup>.

Se extendió su fama en el dominio sobre los toros y animales con los que trabajaba y a los que, siguiendo el ejemplo de San Francisco de Asís, trataba con respeto. Incluso los llamaba por su nombre<sup>25</sup>. Los labradores le buscaban para que conjurara las tempestades o acabara con las plagas que azotaban sus sementeras, lo que siempre hacía llevado de su gran caridad. Su cordón franciscano se hizo famoso. Al contacto de él sanaban enfermos y las mujeres en difíciles partos daban a luz felizmente. Uno de los más antiguos biógrafos del beato Sebastián, le llama el «sanalotodo» o medicamento universal<sup>26</sup>.

El hecho de que su vida fue de santidad y que llamó la atención de sus coetáneos se demuestra sobre todo en dos acontecimientos históricos. El primero hace relación a su muerte. Los últimos cinco días de su vida, después de trabajar hasta los noventa y ocho años, los pasó en la enfermería gravemente enfermo. Allí murió el 25 de febrero de 1600.

24. Así, entre otros episodios se cuentan los siguientes. En cierta ocasión el padre guardián le ordenó ir a traer madera al monte de La Malinche, distante unos 25 kilómetros de la ciudad de Puebla. Al tener ya cargada la carreta se le rompió el eje de una rueda. Fray Sebastián no dudó en emprender el camino en esas condiciones desastrosas. Apenas había llegado al convento y se disponía a componer la carreta, el padre guardián le ordenó que fuera a Tepeaca, distante unos 36 kilómetros, a traer unas limosnas. El fraile obedeció al punto. Tomó su carreta, que de hecho no tenía más que una sola rueda, y así fue y regresó sin lamentar cosa alguna. Por cumplir la obediencia Dios obró el prodigio de que la carreta cargada de leña y el mismo Fr. Sebastián volaran sobre la barranca de Quautzazaloyan (hoy en día: Barranca de los Pilares), obstruida en aquellos momentos por otras carretas descompuestas. Cfr. GIL ATRIO, C., *o.c.*, pp. 102-108; JIMÉNEZ, M.-ESCOBAR, J., *Vida del Beato Sebastián de Aparicio*, México 1958, pp. 88s.

25. A los bueyes les llamaba «coristas» y luego a cada uno le llamaba por su nombre: «Gachupín», «Aceituno», «Blanquillo», «Capitán». Cfr. RODRÍGUEZ, J.M., *Vida prodigiosa del Siervo de Dios Fray Sebastián de Aparicio*, México 1769, p. 61. Entre los milagros relacionados con los bueyes se suele citar el siguiente: Cierta día, el superior le ordenó acarrear piedra del río —que pasa cerca del convento— sobre un mulo que nadie había podido domar, y ni siquiera acercarse a él. Fray Sebastián fue al bruto animal y le dijo que era menester trabajar. El antes salvaje y rudo mulo, a las palabras del fraile dócilmente se sujetó. Otra vez venía de Atlixco a Puebla y pernoctó en un lugar donde había enjambres de hormigas. Sucedió que durante la noche se llevaron el trigo que traía. Al día siguiente, al notar Fr. Sebastián la merma del trigo, ordenó a las hormigas que lo devolviesen, cosa que ellas cumplieron al punto. Cfr. GIL ATRIO, C., *o.c.*, pp. 103-108.

26. Entre los hechos que muestran este apelativo están muchos milagros. Éste puede ser un ejemplo: Un niño de catorce meses de edad, hijo de unos bienhechores del convento, radicados en Huejotzingo, se metió debajo de una carreta tirada por bravos toros. Asustados, éstos arrancaron y la pesada rueda pasó sobre el niño, enterrándolo en la tierra. Poco después llegó Fr. Sebastián y los padres del niño se lo presentaron muerto, rogándole hiciese algo por ellos. El fraile rogó a Dios y el niño resucitó por sus súplicas. Cfr. GIL ATRIO, C., *o.c.*, p. 107.



A partir de esa fecha una cantidad ingente de personas humildes empezaron a pasar delante de sus restos. Aún más cuando se descubrió que su cuerpo no se corrompía. Entonces todo el mundo intentó conseguir alguna reliquia de su cuerpo. El barbero le cortó una uña con el trozo de dedo y se llevó un gran susto cuando vio que el fraile sangraba como si estuviese vivo<sup>27</sup>. En cuatro días le pusieron cuatro mortajas porque, aún prohibiendo la entrada de muchas personas, acababan llevándose sus telas como reliquias.

Aunque pueda parecer exagerada la fama de Sebastián, no lo fue tanto. Baste comprobar que tal fama después de muerto llegó a la Corona en España. Y ésta es la segunda prueba de la fama de santidad de nuestro beato, que pronto se extendió por América y España. El rey Felipe III envió una cédula real al Obispo de Tlaxcala diciendo: «os encargo y mando que hacer información de la vida, naturaleza y milagros de dicho religioso con la autoridad necesaria; y de lo que ella resultare me avisaréis con brevedad»<sup>28</sup>. Fray Diego Romano, el obispo, aunque ya había nombrado un visitador para conocer los hechos, decide ir él mismo a comprobar todo lo que se dice del «carretero limosnero». Después envía un informe al rey, donde entre otras cosas confirma que el cuerpo se verificó en cuatro ocasiones y que acompañado de algunos Capitulares y de algunos médicos, hallaron el «cuerpo entero y tratable»<sup>29</sup>.

La fama de sus virtudes y milagros llegó a Roma y el Papa Pío VI lo declaró Beato el 17 de mayo de 1789, concediendo al mismo tiempo oficio y misa a la Orden franciscana.

## II. CONCLUSIÓN

A modo de conclusión intentamos deducir de la vida del beato Sebastián algunos de los aspectos más relevantes de su vida. Lo haremos teniendo en cuenta la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II sobre «la Iglesia en América» ya citada en varias ocasiones en esta comunicación. Tendremos en cuenta los siguientes puntos:

1. Es conocida la importancia que la piedad popular tiene en nuestra tierra y también en la tierra mexicana y en toda América, como lo acaba de poner de relieve el actual Papa en el reciente documento sobre la Evangelización de América. La piedad popular «está presente

27. CAMPAZAS, M., *Vida del Beato Sebastián de Aparicio en cuadros*, México 1977, p. 81; GIL ATRIO, C., *o.c.*, pp. 114-115.

28. Citado en AGUADO, L., *Vida del Beato Sebastián de Aparicio*, Puebla 1950, p. 189.

29. Citado en GIL ATRIO, C., *o.c.*, p. 122.

en todos los niveles y sectores sociales, revistiendo una especial importancia como lugar de encuentro con Cristo para todos aquellos que con espíritu de pobreza y humildad buscan sinceramente a Dios» (cfr. Mt. 11,25)<sup>30</sup>. El hecho de que cantidad ingente de peregrinos, la inmensa mayoría personas sencillas y humildes, pasen por la tumba del beato año tras año, durante cuatro siglos, muestran que la devoción al beato es una manifestación de la devoción popular. Esta devoción tiene, como el mismo Papa señala, especial importancia cuando se refiere a «las poblaciones indígenas, para que las “semillas del Verbo” presentes en sus culturas lleguen a su plenitud»<sup>31</sup>. Si tenemos en cuenta las manifestaciones de religiosidad popular, como La Virgen de los Milagros, San Andrés de Teixido... en Galicia o, de manera muy especial, la Virgen de Guadalupe en toda América, el beato Sebastián forma parte de las expresiones populares de México y de Galicia. Todavía más si cabe, teniendo en cuenta que la devoción al beato se ha mantenido siempre entre gente sencilla y humilde, que acude por centenares delante de su cuerpo incorrupto.

2. Uno de los problemas graves que señalaron los Padres sinodales en el Sínodo sobre el continente americano hace referencia a las sectas y a su avance destructivo. Se proponían algunas soluciones. Una de las formas para luchar contra las sectas, una de las plagas más peligrosas hoy en día, es que el cristiano viva con intensidad «la dimensión espiritual y contemplativa, y que se entregue generosamente al servicio de la caridad, será de manera cada vez más elocuente testigo creíble de Dios para los hombres y mujeres en su búsqueda de un sentido para la propia vida»<sup>32</sup>. La vida de Sebastián de Aparicio puede ser un buen modelo para la lucha contra este mal que corre por el continente americano y que empieza a tener también continuidad en el mundo occidental con un crecimiento exarcebado de los horóscopos y adivinadores. Baste señalar cómo el Catecismo de la Iglesia Católica llama la atención sobre estos fenómenos: la adivinación, la consulta de horóscopos, la quiromancia, la interpretación de presagios y de suertes, los fenómenos de visión, el recurso a los «mediums», los poderes ocultos, así como a la magia, la hechicería y el espiritismo<sup>33</sup>. La sencillez de Aparicio, su vida de caridad, su confianza en la Providencia divina y su gran sentido común, son un ejemplo a seguir para muchos de sus paisanos tanto en América como en Galicia.

3. Juan Pablo II resalta cómo «otro campo importante en el que la Iglesia está presente en toda América es el de la asistencia caritativa y so-

30. JUAN PABLO II, Exhort. apost. *La Iglesia en América*, n. 16.

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*, n. 73.

33. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2.116 y 2.117.

cial. Las múltiples iniciativas para la atención de los ancianos, los enfermos y de cuantos están necesitados de auxilio en asilos, hospitales, dispensarios, comedores gratuitos y otros centros sociales, son testimonio palpable del amor preferencial por los pobres que la Iglesia en América lleva adelante movida por el amor a su Señor y consciente de que Jesús se ha identificado con ellos» (cfr. Mt. 25, 31-46)<sup>34</sup>. Si en el mundo de hoy la evangelización no puede olvidar el campo de la promoción social, el beato fue un precursor. Antes que misionero y predicador fue un promotor del desarrollo y de la caridad social desde su estado laical. En el campo de la promoción Aparicio destacó de forma singular: primero creando granjas donde enseñó la agricultura a los nativos; luego con la promoción de las bestias y las carretas como medio de transporte; más tarde construyendo las primeras carreteras para la circulación de las carretas y, finalmente, entregando sus bienes a las religiosas clarisas.

4. «Ante los graves problemas de orden social que, con características diversas, existen en toda América, el católico sabe que se puede encontrar en la doctrina social de la Iglesia la respuesta de la que partir para encontrar soluciones concretas»<sup>35</sup>. Es verdad que en la época del beato no estaba formulada una doctrina social de la Iglesia por el Magisterio. Sin embargo, Sebastián de Aparicio supo, siguiendo el Evangelio, con un gran sentido común y con una capacidad de trabajo extraordinaria, encontrar «soluciones concretas» en el campo de la labor social y de la promoción de los nativos. Podemos decir que el beato fue un precursor de la doctrina social de la Iglesia de una forma práctica y sencilla.

5. Al hablar de un emigrante y también, en alguna medida, de un colonizador, no podemos olvidarnos de la famosa leyenda negra. Parece el beato de la Gudíña un revés fuerte contra todos aquellos empeñados en construir una gran mancha negra sobre la obra de los españoles en la colonización de América. El beato Sebastián no sólo respetó siempre a los nativos sino que se hizo uno de ellos. Aún más, dedicó su vida a la promoción social, a las labores caritativas y todos sus bienes fueron para el servicio de la gente de su querida tierra poblana. A buen seguro que nunca se olvidó de la tierra que le vio nacer, como ella ahora no se olvida de su figura. Sin embargo, su forma de vida en América es prototipo de miles de gallegos y de miles de españoles que se hicieron, con honradez, nobleza y espíritu cristiano, un sitio en la nueva tierra de América. Sebastián de Aparicio es otra de las grandes personalidades gallegas y españolas que muestran que en la evangelización, en la mayoría de los casos, hubo generosidad, santidad y esfuerzo por defender a los más necesitados hasta el heroísmo y, en multitud de ocasiones, hasta el martirio.

34. JUAN PABLO II, Exhort. apost. *La Iglesia en América*, n. 18.

35. *Ibid.*, n. 54.

¿Qué decir de Santo Toribio de Mogrovejo, apóstol incansable de Perú, o de Santa Rosa de Lima, la primera santa americana, o del sevillano Juan Macías... o de los cientos de misioneros que, todavía hoy, dejan cada día su vida en los más recónditos lugares de América? Recordar y revalorizar la figura del beato Sebastián de Aparicio es ofrecer homenaje a miles de españoles que, de forma anónima, han entregado generosamente su vida en tierras americanas. Esto no puede hacernos olvidar los lados oscuros de la colonización, que desgraciadamente hubo. Pero en una obra de tal magnitud, como fue la evangelización y colonización de América, era imposible que no se diesen en algunas ocasiones abusos serios. Creemos que esos mismos lados oscuros resaltan la grandiosa obra llevada a cabo por Aparicio y miles de personas anónimas como él.

6. Si algo grande e importante tiene América y su historia éstos son sus santos. Así lo pone de manifiesto el mismo Papa: «La expresión y los mejores frutos de la identidad cristiana de América son sus santos. En ellos el encuentro con Cristo vivo es tan profundo y comprometido que se convierte en fuego que lo consume todo, e impulsa a construir su Reino, a hacer que Él y la nueva alianza sean el sentido y el alma de la vida personal y comunitaria»<sup>36</sup>. El Papa cita a más de treinta beatos y santos a los que propone como modelos a imitar. Al mismo tiempo «para fomentar cada vez más su imitación y para que los fieles recurran de una manera más frecuente y fructuosa a su intercesión, considero muy oportuna la propuesta de los Padres Sinodales de preparar una colección de santos y beatos americanos. Esto puede iluminar y estimular en América la respuesta a la vocación universal a la santidad»<sup>37</sup>. Al proponer a tantos modelos no queríamos que, desde Galicia y desde Puebla Ciudad de los Ángeles, se olvidase la figura entrañable y cristiana del empresario Sebastián de Aparicio, del granjero Aparicio, del carretero incansable y, sobre todo, del fraile de las carretas. Y, antes que nada, un modelo a imitar para los hombres y mujeres del mundo de hoy.

En el IV centenario de la muerte del ilustre beato Sebastián de Aparicio (1502-1600) esperamos contribuir al homenaje de tantos emigrantes gallegos y españoles que como él han sido modelo de personas y modelo de cristianos lejos de su tierra, con los ojos puestos en la tierra que les vio nacer y, lo que es más importante, con los ojos puestos en la tierra que les espera para toda la eternidad: la Casa de los Hijos de Dios, la Jerusalén Celeste, nuestra patria definitiva.

36. *Ibid.*, n. 15.

37. *Ibid.*